

mudanzas que en ella han ocurrido no pueden explicarse sino por las alteraciones y mudanzas ocurridas en la política europea.—3.^a Las relaciones amistosas entre el partido liberal de España y el Gabinete francés no comienzan con el advenimiento al Trono de Isabel II, sino con la revolución de Julio, y desde esta época hasta la del tratado de la cuádruple alianza ha habido en esas relaciones notables cambios y trastornos, análogos siempre á los trastornos y cambios de la política general de los Gabinetes de Europa.—4.^a El tratado de 22 de Abril, que aparece como el *primer* acto de unión entre las dos naciones *amigas*, no es sino el *último* acto de esa unión que comenzó con la revolución de Julio.—5.^a Ese *último* acto de unión no fué un *progreso* en la unión, sino una *decadencia*. Esto necesita de algunas explicaciones.

Cuando dos Gabinetes enemigos ajustan paces, y después de hechas las paces conciertan alianzas por medio de un tratado, ese tratado es un *progreso* en su unión, porque tenderse la mano es *progresar* para los que acaban de deponer sus odios y envainar sus aceros. Pero cuando una nación conspira en favor de otra, es decir, cuando la dispensa auxilios no pedidos, y cuando después se ofrece á su disposición sin reserva, es decir, cuando la ofrece todos los auxilios que pida, obligarse después por medio de un tratado á dispensarla, no todo género, sino cierta clase de auxilios, y á dispensarla esos auxilios, no en cualquiera ocasión, sino en ciertas ocasiones, y no en ocasiones que deba señalar la nación necesitada de socorro, sino en aquéllas que la nación protectora determine, es una *decadencia* en la amistad, no un *progreso*.

Considerado el tratado de la cuádruple alianza desde este nuevo punto de vista, que es el suyo, se advierte desde luego cuánto yerran los que, doliéndose del profundo olvido en que yace por parte de la Francia, atribuyen ese olvido á miras interesadas y á intenciones ambiciosas. No: el mal no está en que la Francia tenga miras interesadas sobre la península. En esta tierra, inundada hoy de sangre y regada de lágrimas,

no está el jardín de las Hespérides ni el vellocino de oro para excitar la codicia de atrevidos extranjeros. El mal está en que el Gabinete francés no se cuida de nosotros; en que para nuestras necesidades sus manos están vacías y hasta sus ojos están secos. Y si queremos descubrir el origen de esta situación deplorable, no le encontraremos ciertamente en una mudanza de ánimo caprichosa por parte del Gabinete francés, sino en el trastorno que han experimentado desde la revolución de Julio acá todas las alianzas europeas, trastorno cuyo primer síntoma ha sido el tratado de la cuádruple alianza; signo para algunos de ventura, y para mí de que iba comenzando la progresión descendente de la amistad francesa hacia la revolución española.

El verdadero origen de esa progresión descendente se encuentra en que, desde la época de la revolución de Julio hasta la del tratado, y desde la época del tratado hasta el día, las cuestiones sobre intereses políticos han ido perdiendo terreno, y las cuestiones sobre intereses materiales han crecido en magnitud y han ganado en importancia. Han perdido terreno las primeras, porque el Gobierno francés, habiendo contenido á la revolución en los límites del orden ¹, es ya reconocido por la Europa septentrional como un hecho consumado ². Han crecido en magnitud las segundas, porque la Rusia, dueña de los Dardanelos desde el tratado de Unkiar Skelesi, amenaza desde Sebastopol á Constantinopla, y desde Constantinopla al Mediterráneo, mientras que con su protectorado de la Persia quiere ponerse en disposición de elegir entre el golfo Pérsico y el camino de Alejandro, para penetrar con sus huestes en la India.

Ahora bien: desde el momento en que las cuestiones sobre intereses materiales han vuelto á prevalecer sobre las de prin-

¹ Á la revolución no se la puede contener dentro de los límites del orden, sino destruyéndola, porque esos términos hacen tal oposición que no pueden coexistir ambos en ningún lugar del espacio limitándose recíprocamente, como quieren los doctrinarios.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

² ¡Cómo si por haber sido consumados fuese razón no tocar á los hechos injustos!—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

cipios. las alianzas antiguas han vuelto á prevalecer sobre las nuevas alianzas, y nadie que no sea miope puede dejar de advertir, de algún tiempo á esta parte, una alteración profunda en las mutuas relaciones de los Gabinetes de Europa. El Austria, que en 1830 rompió con la Inglaterra para aliarse con la Rusia, en 1838 celebra con Inglaterra un tratado de comercio evidentemente hostil á los intereses rusos. La Francia, que en 1830 se entregó á la Inglaterra ciegamente, vacila entre la amistad de la Inglaterra, á quien tiende todavía la mano, y la amistad de la Rusia, en quien tiene puestos los ojos. Es decir, que si por una parte es cierto que las nuevas alianzas no están públicamente rotas, por otra parte es cierto también que están de hecho quebrantadas; porque comienza á hacerse sentir la necesidad, si no de restablecer en todo su fuerza y vigor, á lo menos de respetar las antiguas. La tendencia visible de la Francia es evitar las colisiones europeas, manteniendo el *statu quo* de la cuestión del Oriente, y tomarse tiempo para pensar si ha de aliarse con la Inglaterra, ó si ha de aliarse con la Rusia, manteniendo entre las dos el más completo equilibrio. Esto sirve para explicar su conducta en la cuestión española. Mientras que la Francia tuvo por enemigas á las potencias del Norte interesadas en mantener en la península el despotismo, la Francia *conspiró* por nosotros, se nos ofreció y contrató con nosotros, porque los contratos, los ofrecimientos y las conspiraciones eran medios de hacer al Norte la guerra. Por la misma razón, desde que está en paz con el mundo, ni conspira, ni se ofrece, ni contrata, *se abstiene*; y se abstiene porque cree que no podría sernos hostil sin romper con la Inglaterra, ni podría sernos abiertamente favorable sin romper con las potencias del Norte, en una época en que todo rompimiento alteraría su política, que consiste en mantener entre las grandes potencias el *statu quo* y el equilibrio. Tales son los hechos con respecto al tratado de la cuádruple alianza, y tales las causas que lo explican.

Este célebre tratado ha corrido, hasta cierto punto, la

misma suerte que las disposiciones tomadas de común acuerdo por los Soberanos de Europa en el Congreso de Viena. Las disposiciones del tratado, como las disposiciones del Congreso *subsisten*, porque están escritas y porque no han sido solemnemente abrogadas. Pero subsisten sin ejercer acción sobre el mundo; subsisten, si no abrogadas por otras disposiciones, suprimidas por los hechos. ¿Dónde está el Reino de los Países Bajos, llamado á la vida contra la naturaleza de las cosas y por la voluntad de los Reyes? ¿Dónde está la Polonia, á quien en el Congreso de Viena ofreció vida y libertad el autócrata de las Rusias? Dos grandes estremecimientos han producido dos grandes mudanzas, dando á la Bélgica una corona y á la Polonia un sepulcro. Así, la trama laboriosamente tejida por los Congresos, es destejida violentamente después por las revoluciones.

Si queremos levantar los ojos al origen del cambio profundo que han experimentado las alianzas europeas desde 1830 á 1838, le encontraremos en el desarrollo que desde entonces acá ha alcanzado la cuestión del Oriente. Cuestión inmensa, enigma grave, temeroso, si puede decirse así, de cuya adivinación dependen los destinos futuros del género humano, y que espanta á la imaginación y abrumba al entendimiento.

Las generaciones presentes asisten al espectáculo más magnífico entre cuantos vieron pasar los hombres en las antiguas edades, porque asisten á la prolongada agonía de un mundo que en el principio de las cosas fué cuna de todos los pueblos, fuente y origen de todas las religiones y de todas las ciencias; y que, en el tiempo que corre, es vana figura de sí propio, y que, si afirma aún sus flacos miembros sobre sus frágiles estribos, es porque apoya su lánguida decrepitud sobre los hombros de otro mundo. El Oriente no existe sino porque el Occidente le sostiene, y así y todo vendrá á tierra; porque no hay civilización tan poderosa que pueda fortalecer con su contacto á las civilizaciones que caducan, ni apoyo tan firme que pueda sostener á los Imperios que caen. Pero el Oriente, al expirar,

deja una inmensa herencia y un inmenso vacío. ¿Quién llenará este vacío? ¿Quién recogerá esa herencia? ¿Serán llamados todos los pueblos del Occidente á vestirse sus magníficas vestiduras, á repartirse sus preciados tesoros y á derramarse por sus fabulosas regiones? Y si no son llamados todos los pueblos de Occidente, ¿cuál es el pueblo llamado? ¿Cuál es el pueblo feliz á quien depara la suerte el señorío de la tierra? Porque señor de la tierra habría de ser el que sea tan poderoso que lleve á cabo la empresa de dilatar su dominación hasta los últimos límites de las regiones orientales del mundo. Verificada la catástrofe y consumada la toma de posesión del Oriente por un pueblo, ¿cuál es el porvenir de la Europa? ¿Cuáles sus nuevos destinos en presencia de ese pueblo, señor de las tierras y los mares, á cuyo gigantesco Principado servirán de límite los Polos? Los hombres lo ignoran. Por eso aguardan las naciones que llegue el día señalado por la Providencia para calcular entonces cuál ha de ser la nueva aurora de los nuevos tiempos. El *statu quo* de la Europa se explica por esta angustiada incertidumbre. Las naciones permanecen inmóviles, porque ciertas, como están, de que un abismo ha de abrirse ante sus pies y de que una gran catástrofe ha de venir sobre la tierra, ignoran (tan profunda es la obscuridad de las tinieblas en que andan) si sus pasos han de acelerar ó retardar la catástrofe, y si, moviéndose, se acercan ó se separan del abismo.

Tal es la cuestión que, en virtud de recientes é importantísimos acontecimientos, ocupa hoy casi exclusivamente la atención de la diplomacia europea. Las cuestiones sobre principios políticos que determinaron todas las alianzas en 1830, no son poderosas para determinarlas ya en 1838. Sólo la cuestión del Oriente es una cuestión actual; la de principios políticos ha perdido su importancia desde que la revolución de Julio, en donde tuvo su origen, es un hecho consumado que nadie intenta suprimir, porque pertenece á la historia ¹.

La cuestión del Oriente tiene de fecha cincuenta años, es-

¹ Véase la nota anterior.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

pacio de tiempo en que comienza y puede decirse que acaba la decadencia precoz del Imperio de los osmanlí, y en que comienza y puede decirse que acaba el crecimiento prodigioso de los rusos. Jamás han visto los hombres en tan breve espacio de tiempo descender á los poderosos de tan grande altura á tan baja humillación, y subir á los humildes de tanta humillación á tan eminente cima.

El que hoy se llama Imperio de Rusia, era todavía en el siglo XVII el Gran Ducado de Moscovia. Cuando Pedro *el Grande* subió al Trono sólo tenía dieciséis millones de habitantes, sujetos siempre, antes de este tiempo, á las incursiones, y aun á la dominación de los pueblos que formaban sus fronteras. La Europa sólo de nombre conocía á ese pueblo bárbaro y obscuro, relegado entre las nieves del Polo. El primer tratado en que interviene es el de 10 de Octubre de 1733, por el cual los rusos concertaron alianza con el Austria para arrojar del Trono de Polonia á Stanislaw, suegro de Luis XV. Ocho años después, en 1741, *solicitados por la Inglaterra*, se reunieron por medio de otro tratado á la Inglaterra, á la Polonia y al Austria contra Francia, España y Cerdeña, ligadas en favor del Elector de Baviera. En 1755 intervinieron en la guerra de siete años, siendo ajustada en Petersburgo la paz de 5 de Mayo de 1762 entre la Rusia y la Prusia.

Así la Rusia comienza por intervenir en los asuntos de Polonia para intervenir después en los negocios de Alemania, *solicitada por la Inglaterra*. Entretanto la revolución de 1789 viene á conturbar el mundo y á conmover en su asiento las naciones. Y la Inglaterra, poniendo á sueldo á la Europa contra la Francia, prodigó principalmente sus tesoros á la Rusia, y la condujo por la mano á Alemania, á Italia y á París. Ocupada la Rusia en 1812 en una guerra con la Turquía, y deseando la Inglaterra que quedase desembarazada y libre para volver contra la Francia su Ejército del Danubio, forzó los Dardanelos y obligó al Sultán á firmar la paz de Bucharest y á ceder á la Rusia la Besaravia y la Moldavia hasta el Pruth. Ya en época

anterior, cuando los Ejércitos franceses rompieron por el Egipto, la Inglaterra, ambiciosa de la alianza de los rusos, los había puesto en posesión de Corfú y de las islas Jónicas, resultando de aquí que la Inglaterra, por altos designios de la Providencia ó por capricho de la fortuna, ha sido la que dió fuerzas al gigante que ahora amenaza su Imperio; la que le abrió las puertas del Oriente y del Occidente; la que le llevó en triunfo por la Alemania, y por la Francia y por la Italia; la que, para excitar su codicia, le mostró con el dedo la ciudad más magnífica y el lago más bello de la tierra: el Mediterráneo y sus tesoros, Constantinopla y su harén.

En el mismo espacio de tiempo en que Rusia extendió su influencia política en todas las alianzas y transacciones de Europa, acreció su territorio y población tan desmesuradamente, que el que fué ayer imperceptible Ducado es hoy el más dilatado Imperio del mundo, siendo de aliento tan altivo que quiere imponer tributo en todos los mares y rodear con sus nerviosos brazos todo el orbe de la tierra. Sus principales fronteras son: por el Occidente, la Prusia oriental, el Báltico, el golfo de Finlandia y el de Bothnia; por el Norte, el mar del Polo cubre la parte de sus fronteras, que se dilatan desde el mar Blanco hasta el estrecho de Behring; por el Oriente le sirve de límite el Océano pacífico, y por el Sur se pone en contacto con la China. El Báltico, el mar Negro y el Caspio están á su servicio. Y, sin embargo, este Imperio colosal necesita para existir el golfo Pérsico, el Mediterráneo y Constantinopla. Necesita por capital á Constantinopla, porque la que ahora tiene es la peor situada del mundo. Necesita el Mediterráneo, porque sin su posesión, la industria de sus provincias meridionales se extingue, y porque, cerrados los Dardanelos, la Rusia no es señora del mar Negro, sino antes bien su prisionera. Necesita, en fin, el golfo Pérsico, porque el golfo Pérsico es el rumbo de la India.

Por donde se ve, que si para los demás pueblos de la Europa la posesión de nuevos mares y de dilatadas regiones es una

cuestión de preponderancia, la posesión del Mediterráneo y de Constantinopla, por lo menos, es para la Rusia una cuestión de existencia. Esto explica por qué sus ojos se han fijado siempre con predilección, desde que comenzó á engrandecerse, en el caduco Imperio mahometano. Sus conquistas, empero, no han llegado á alarmar seriamente á las naciones, sino desde 1828, en que los rusos, habiéndose apoderado de Warná, se abrieron camino por las gargantas, inaccesibles hasta entonces, del Balkán, y ajustaron la vergonzosa paz de Andrinópolis, en virtud de la cual se hicieron dueños de parte de la Armenia y de las principales fortalezas de la Georgia, quedando reconocida y sancionada su intervención en los Gobiernos de la Moldavia, de la Valaquia y de la Servia, que desde entonces pueden llamarse con razón provincias rusas. Tal era el estado de las cosas cuando, habiéndose roto las hostilidades cuatro años después entre el Sultán y el Bajá, ambicioso de Egipto, se declaró la fortuna por el súbdito contra el Soberano, habiendo llevado el Sultán lo peor de la batalla. Entonces la Rusia, pérfidamente generosa, ofreció al Sultán su protección, teniendo entendido que la protección es un medio más seguro de conquista que la guerra. Así lo entendieron también los antiguos romanos, maestros en el arte de dominar á las gentes, siendo debida más bien la dominación universal de aquellos republicanos famosos á la constante astucia y habilidad de sus patricios, que al valor de sus disciplinadas legiones. Roma no venció jamás, sino para tener el derecho de proteger al vencido; pero los vencidos temieron menos sus victorias que su protectorado, porque es más humillante la servidumbre que impone un protector, que la que se debe á los azares de la guerra y á un revés de la fortuna. La Rusia ha sido la heredera de esa política, de que no tuvieron ocasión de arrepentirse en los tiempos antiguos los conquistadores del mundo. Polonia no perdió su libertad é independencia, sino cuando los rusos penetraron para proteger esa independencia y esa libertad en sus tumultuosos comicios. Y desde el día en que la Rusia se decla-

ró protectora de su nacionalidad y de su constitución en el Congreso de Viena, no fué difícil de adivinar que estaba próxima á perder su Constitución, su nacionalidad y hasta su nombre. Así se ha hecho señora de la Persia; no porque la venció, sino porque después de haberla vencido, la protege. Así domina sin oposición en los Consejos del Sultán é impera en Constantinopla; no porque venció al Sultán en los campos de batalla, sino porque le protegió contra el Bajá sublevado, recibiendo en cambio de su protección la llave de los Dardanelos, por la cual hubiera dado el más bello florón de su Corona y la sangre más pura de sus venas.

Mientras que el Imperio ruso ensancha sus límites, el Imperio de los osmanlis mira estrecharse más y más todos los días el círculo de su horizonte. La estrella de Pedro *el Grande* ha eclipsado á la estrella de Mahoma; midiéndose tan á compás sus movimientos, que á un tiempo mismo comenzaron, una á brillar y otra á obscurecerse, una á subir y otra á descender, distando hoy la de Pedro *el Grande* del cenit lo que la de Mahoma del ocaso. ¿Qué es hoy la que, después de Roma, ha sido la ciudad de las ciudades; la que recibió inciensos y tributo de las antiguas gentes con el nombre de Bizancio, de los griegos del bajo Imperio con el nombre de Constantinopla, y de sus propios conquistadores con el nombre de Stambul? ¿Qué es hoy esa ciudad famosa con sus tres nombres de Reina? Una ciudad indolente colgada de un cielo siempre azul, y que para esparcir su vista tiene dos mundos, y para bañar sus pies tiene dos mares. Una Reina indolente que se despoja para dormir de todos sus atavíos, y que va arrojando uno á uno, porque lastiman su sien, todos los florones de su magnífica corona. Una Reina indolente que pierde en pocos días un Imperio; que pierde la Servia, la Valaquia, la Moldavia, casi todas sus Regencias de Africa, la Grecia, el Egipto, la Siria, la Arabia, las islas de Chipre y de Gandía, y que tiene que comprimir al mismo tiempo en la Bosnia, la Macedonia y la Albania la insurrección de sus vasallos: esa es Constantinopla. Su corazón

apenas tiene fuerza para latir, su mano no la tiene ya para llevar su Cetro, ni su frente para sostener su Diadema.

Siendo tan flaco el poder de Constantinopla, y tan desmesurado y colosal el de Rusia, y siendo ya esta última potencia, por el tratado que la franqueó los Dardanelos, señora de sus destinos, no causará, por cierto, asombro que la Europa se ocupe, con preferencia á las cuestiones políticas, en la cuestión del Oriente, y que, siendo esta ahora la cuestión dominante, se ordenen y se subordinen á ella todas las nuevas alianzas.

Comprimida la revolución francesa, el Austria y la Prusia comienzan á temer más á las ambiciosas águilas moscovitas que al pacífico estandarte de los tres colores. La Prusia, con sus trece millones de habitantes, que más bien que un cuerpo de nación forman un campamento confuso de polacos, de austriacos, de sajones, de suecos, de alemanes y de franceses, con su configuración, á todas luces viciosa, y con sus dos religiones rivales, mira con espanto el gigantesco desarrollo de la Rusia, que puede llevar á sus puertas grandes Ejércitos unidos entre sí con los vínculos de una misma Religión y de una misma raza. En cuanto al Austria, Imperio decrepito ya y caduco, compuesto de Estados que fueron independientes, y cuya independencia vive todavía en su memoria; de Estados que conservan aún sus idiomas primitivos; Imperio compuesto de cien diversas capitales, y en donde cada capital tiene opiniones que le son propias, simpatías á que no puede renunciar y antipatías que no quiere vencer, nada más puede decirse sino que, después de la Inglaterra, es la que más tiene que temer del engrandecimiento ruso y de la cuestión del Oriente. Más de cuatro millones de sus súbditos pertenecen á la religión griega, cuyo pontífice es el autócrata de todas las Rusias, y dos de sus mejores provincias pertenecen á las indómitas razas eslavas que el autócrata conduce, y que con su fuerza de asimilación acrecientan sus dominios. El día en que deje de existir el hombre de Estado que, como Atlante, sostiene el Imperio con sus hombros, ó el día en que los rusos se apoderen de Constantinopla,